

Hartos de los deberes de nuestros hijos

Queremos ayudarlos a aprender

Jaime Funes

Lectio Ediciones



© 2016, Jaime Funes Artiaga
© de la traducción: Carmen Romero
© de esta edición: Lectio Ediciones
C. Muntaner, 200, ático, 8ª
08036 Barcelona
lectio@lectio.es - www.lectio.es
Eumo Editorial

C. de Perot Rocaguinarda, 17. 08500 Vic
www.eumoeditorial.com - eumoeditorial@eumoeditorial.com
—Eumo es la editorial de la Universidad de Vic—

Primera edición: septiembre de 2016

Diseño de la cubierta: Control Z - Comunicació
Foto de la cubierta: © iStock.com/Halfpoint

Maquetación: ebc, serveis editorials
Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: T 920-2016
ISBN: 978-84-16012-68-8

Queda rigurosamente prohibida sin autorización escrita del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.





ÍNDICE

Los deberes, como la escuela del pasado, se resisten a desaparecer. Prólogo a la edición castellana	7
Un libro sobre los deberes, pensando en una escuela que no debería tenerlos	9
I Dudas básicas y respuestas elementales sobre las familias, la escuela y la educación	17
1. ¿Qué quiere decir ser niño? La educación no es automática	21
2. ¿Qué los hace crecer? La escuela y el desarrollo infantil	29
3. ¡Qué complicado resulta hacer de madre o de padre!	41
4. En mi casa quieren que sepa las tablas de multiplicar	49
5. La escuela, un lugar para llegar a ser personas felices	57
6. Aprender a aprender. De los conocimientos a las competencias	63
7. Son diferentes, van a su ritmo y aprenden juntos	75
8. La escuela y la educación en el siglo XXI, en la sociedad de la información	85
II Los deberes sí o no y cómo	97
1. Deberes, tareas de casa y otros encargos de la escuela	101
2. Los deberes de cada etapa	111



3. Para qué pueden servir y algunas reglas prácticas 131
4. Las dificultades escolares y el club de deberes 145

III Aprender fuera de la escuela. Educar dentro

- de las aulas** 159
1. Los otros tiempos educativos 165
 2. Todos somos escuela 177
 3. La escuela continúa siendo el elemento central
de su vida 187

IV Padres y madres que ayudan a enseñar y a aprender 203

1. La profesión de enseñar y el oficio de padre
y madre 207
2. Resumen de propuestas para participar 217

Pero, ¿tienen que hacer deberes o no? 233

Los deberes, como la escuela del pasado, se resisten a desaparecer

Prólogo a la edición castellana

Cuando en la primavera de 2015 veía la luz la versión catalana de este libro, no imaginaba que nacía para zambullirse en una controversia renovada. Lo escribí pensando en aprovechar la tensión familiar por culpa de los deberes, para aportar algo de sensatez y provocación al imprescindible debate sobre la escuela que necesitamos hoy, algo que padres y madres solemos dejar a un lado. No esperaba mucha guerra, pero, al menos en los medios de comunicación, han sido meses de una discusión imprevista (de la cual me alegro), en los que con frecuencia el árbol de los deberes ocultaba la escuela de la que yo quería hablar.

Entre los sucesos mediáticos de entonces, me gustaría destacar tres. Justo cuando llegó a las librerías, la OCDE hizo público uno de sus informes educativos según el cual España es uno de los países con más deberes. Señalaba, además, que los deberes agravaban las desigualdades sociales y las diferencias de resultados escolares, al hacer depender parte del éxito escolar de que dispongan de ayuda familiar positiva. Ante esos datos, algunas de las primeras reacciones con las que tuve que lidiar fueron las de familias «buenas» y los colegios «buenos» que acusaban a los «antideberes» de negarles el derecho a tenerlos. Al parecer, existe un sector significativo de las escuelas y las familias que consideran los deberes de siempre un buen indicador de calidad. Todavía recuerdo que el conductor de un programa de radio de gran audiencia me dijo que los deberes habían sido una tortura en su historia escolar, pero que, gracias a ellos, había llegado a ser un periodista importante.

Cuando se acababa el curso, comenzó a tener gran impacto —aún lo tiene— el video «Los deberes justos» (<https://www.youtube.com/watch?v=sCsTirDBv7Y>), impulsado por una madre, Eva Bailén, que refleja que la vida de un escolar puede llegar a no diferir demasiado de la de un alto ejecutivo explotado por su empresa. Cuando lo comenté, más de uno me contestó tachándolo de exageración demagógica. Creo que al menos ha servido para recordar que es muy posible que nuestras propuestas de aprendizaje estén dejando a los hijos sin infancia. Habíamos olvidado que los ciudadanos niños y niñas tienen tiempos y sus necesidades, diferentes de nuestras imposiciones y nuestros ritmos de vida.

Con el verano llegó otra experiencia viral. El profesor italiano Cesare Catá propuso a sus alumnos como deberes de verano mirar el mar, pasear, utilizar las palabras aprendidas en el curso, leer, escribir un diario, bailar a la salida del sol, ir al cine, soñar... También hube de responder a quien lo consideraba una propuesta cursi trasnochada o una poética de la educación para la tontería, pero sirvió para recordar que solo se aprende después de haber sentido el deseo de saber, que aprender tiene que ver también con soñar o con descubrir la felicidad y que los deberes no pueden ser otra cosa que propuestas para que la vida sea aprendizaje y el aprendizaje tenga que ver con la vida.

Espero que esta nueva versión (en la que he corregido errores y he ajustado matices del primer texto) siga sirviendo para alimentar el debate sobre la educación, la escuela, los padres y las madres y... los deberes.

Cornellà, enero de 2016

Un libro sobre los deberes, pensando en una escuela que no debería tenerlos

Marc Hortal, padre de adolescentes y profesor de secundaria, escribía en su blog (<http://abandaibanda.blogspot.com.es/>):

Justo cuando comenzó a ir al instituto, me he sorprendido a mi mismo ayudando a mi hijo a hacer deberes de lengua y yendo a buscar el libro de la conjugación de los verbos de Xuriguera. Me he sorprendido explicándole problemas de matemáticas o ayudándole a entender esquemas de naturales, poniéndole ejercicios de inglés, ayudándole a hacer el proyecto de tecnología, explicándole cómo se ha de estudiar para un examen y muchas otras cosas. Todo esto no debe ser nuevo para muchas familias, pero para nosotros que hemos tenido la suerte de hacer la primaria en una escuela innovadora, sin exámenes ni libros de texto y con pocos deberes tradicionales, ha sido todo un descubrimiento. (...) Que unos padres quieran ayudar a su hijo no tiene nada de malo, evidentemente. El problema es que este soporte se dé por descontado. El sistema ya cuenta con ello y quien no disponga de esta ayuda lo tiene mucho más difícil para salir adelante.

Buscando opiniones sobre los deberes, encuentro esta experiencia en una escuela:

Núria, que es tutora de tercero de primaria, ha decidido no poner demasiados deberes a sus alumnos, para que puedan jugar y realizar otras actividades con su familia. La gran sorpresa ha sido que la mayoría de los padres y las madres se han rebe-

lado y le han pedido que les haga hacer más trabajo en casa, porque les parece que, si no, sus hijos e hijas no aprovechan bien el tiempo.

En el mes de abril de 2014, los diarios difundían nuevos datos a propósito del Programa para la Evaluación de los Estudiantes (PISA):

Puede parecer que los adolescentes de quince años se desenvuelven mejor en el mundo digital que en el papel, pero a la hora de examinarse en PISA han demostrado que no están tan avezados con el ordenador. En las pruebas de matemáticas y comprensión lectora, los estudiantes españoles han obtenido peor puntuación cuando han sido evaluados en forma digital que en lápiz y papel. Los resultados preocupan, sobre todo porque ha sido el último PISA que se realiza en los dos soportes. El próximo examen, el de 2015, solo será digital. El ciber PISA puede empeorar los ya mediocres resultados de España en la evaluación internacional.

El informe PISA ha puesto de manifiesto que el alumnado español está peor preparado para enfrentarse a la vida diaria de lo que revelan los pobres resultados en matemáticas, ciencias o capacidad lectora. Además, los tiempos requieren otras destrezas: «La economía mundial no se centra en lo que se sabe, sino en lo que se puede hacer con lo que se sabe», aseguró ayer el responsable de Educación de la OCDE, Andreas Schleicher, en la presentación de los resultados del informe. «El siglo XXI demanda un enfoque diferente de la enseñanza», advirtió.

Las páginas que siguen tienen un origen muy sencillo y, posiblemente, un resultado muy complicado. Surgen a partir de uno de los cíclicos debates en los medios de comunicación sobre los deberes escolares o las tareas escolares para hacer en casa. El autor (educador, pero también abuelo y, antes, padre) se encontró, una vez más, en la segunda década del siglo XXI,

discutiendo sobre la conveniencia o no de hacerlos, su razón de ser, las bondades y maldades que comportan, exactamente igual que hacía tres décadas, en un mundo y una escuela que no se parecen demasiado (aparentemente) a las actuales.

Sin embargo, como nos recuerda Marc en su blog, en el medio del lío se sitúan los padres y las madres, unos progenitores condenados a hacer deberes o que han de obligar a sus hijos a hacerlos, unos deberes que no saben cómo hacer, que tienen una utilidad discutible, que entran en contradicción con otras finalidades educativas y que están a una distancia enorme de todo lo que parece interesar o atraer a unos hijos que pasan buena parte de la vida en la escuela, pero de la que con frecuencia se desconectan cuando salen (e incluso cuando están dentro). Además, los padres y las madres no siempre pueden estar presentes, no siempre pueden dar apoyo y no siempre saben de todo lo que la escuela dice que es importante hacer y aprender.

Hace décadas, el debate ya era radical y contrapuesto. Se discutía si se tenían que hacer deberes o no (en nuestro país estuvieron prohibidos o muy limitados por ley durante la dictadura y con la llegada de la democracia y todavía están limitados en muchas comunidades autónomas). Siempre fue una discusión que se producía en medio de reflexiones y prácticas pedagógicas destinadas a cambiar la escuela tradicional. De igual manera, en el nuevo siglo, buena parte de las discusiones siguen siendo las mismas, pero con el agravante de que casi todo ha cambiado de manera muy acelerada, tanto en la complejidad que debe asumir la escuela como en la realidad de la infancia y la adolescencia o en las formas razonables de enseñar y aprender.

Como mínimo, hoy parece existir una gran contradicción entre lo que han de aprender nuestros hijos y lo que necesitan para ser socialmente competentes, como recuerdan los datos de los informes que acabo de citar. Además, choca que una generación profundamente digital en cuanto a identidad, en las relaciones y en algunas estrategias vitales no acabe de tener éxito cuando ha de poner en relación la escuela con la vida.

Como mínimo, se puede decir que no todos los chicos y las chicas aprenden de una manera que les permita prepararse para formar parte de unas generaciones obligadas a vivir en el aprendizaje permanente y que siempre deberán mantener activo el oficio de aprender.

Padres y madres quedamos desconcertados y atrapados. Algunos progenitores y algunos profesores sueñan con una escuela del pasado, inviable e inútil hoy día. Lo que sí es cierto es que, en la escuela que se necesita en la actualidad, los deberes, o al menos determinados deberes, son más un inconveniente que una ayuda educativa. En todo caso, no queda más remedio que intentar ver qué se puede hacer con ellos, suponiendo que sigan siendo de alguna utilidad.

Al recordar el juego, la convivencia o las diversas actividades familiares, Núria, la tutora de quien hemos hablado al principio, nos hace pensar que los hijos y los alumnos están en la infancia y tienen sus propias necesidades. La infancia de hoy es bastante diferente de la de antes; por lo tanto, la escuela que necesitamos no ha de parecerse demasiado a la que siempre ponía deberes. Y la familia (nosotros, los padres) tampoco es la que era. Tanto antes como ahora, la educación no solo es responsabilidad de la escuela. También parece razonable pensar que la escuela no tendría que ser un simple lugar de aprendizaje y que tendría que salir de las cuatro paredes que la limitan. Por la misma razón, los grupos familiares han de entrar en la escuela. ¡Tenemos, pues, muchas cuestiones en crisis que, con la excusa de los deberes, tendremos que abordar!

No he conocido a ningún padre ni madre que no quiera hacer bien su trabajo. Quienquiera que tenga hijos querrá ser un buen padre o una buena madre. Otra cosa, sin embargo, es conseguirlo, descubrir cómo ser realmente útiles en las vidas de tus hijos, aceptar permanentemente que nuestras existencias están vinculadas y encontrar la manera de estar disponibles para su educación.

Hacer de padre o de madre es asumir que podemos influir de manera positiva en el desarrollo de los hijos, incluso antes

de que dejen de formar parte de nuestro núcleo familiar y también cuando, siendo adolescentes, comiencen la lucha por separarse de nosotros. Es decir, que normalmente estamos preocupados por su educación, sabemos que no se educan solos y que es inevitable dedicarse a educar.

También sabemos que, además de nosotros, intervendrán otras personas e instituciones. Una de ellas, especialmente significativa, será la escuela, con la que tendremos que llegar, de alguna manera, a algún tipo de pacto sobre los objetivos comunes y el resultado educativo que pretendemos las dos partes.

Este libro es, pues, en primer lugar, una propuesta a favor de la educación (los niños no se educan solos) y de la educación como música coral, hecha con muchas manos, voces e instrumentos (también escolares, pero no solo de la escuela).

La escuela sigue estando en el núcleo de las vidas infantiles y adolescentes. Especialmente en las etapas evolutivas centrales, buena parte de su infancia se define a partir de su condición de escolares. De la misma manera, desde nuestra perspectiva familiar, sería muy difícil imaginar cómo conseguir un buen desarrollo y educación de los hijos y las hijas sin la posibilidad de recurrir a la escuela.

En cualquier caso, hacer de madre o de padre va siempre acompañado de una incertidumbre profunda: ¿cómo se educa hoy? ¿Cómo se educa en unas sociedades complejas, cambiantes, mestizas e interdependientes? Solo tenemos claro que no sirve hacerlo a partir de un manual, transmitiendo herencias, ni reproduciendo de manera simple como padres lo que nosotros vivimos en su día como hijos. Por eso, ni la escuela ni la educación familiar de antes sirven para ser reproducidas mecánicamente.

Sí, este libro habla de deberes, suponiendo que tengan algún sentido en las formas de enseñar, aprender y educar. En todo caso, deberíamos pararnos a pensar sobre el tipo de deberes, su finalidad, la relación que tienen con lo que se ha de aprender y con lo que la familia sabe y puede aportar. Hay que aclarar qué parte de los deberes pone la escuela para que hagan

los padres y las madres y qué hemos de hacer nosotros, los padres, con los deberes escolares.

He dividido este texto en cuatro partes que no es necesario leer de manera consecutiva, aunque unas dan sentido a las otras. Muchas ideas, sin embargo, se repiten y, a lo largo de diversos capítulos, constituyen una especie de urdimbre que da consistencia a reflexiones que se prolongan y recuperan en diferentes momentos. La primera parte agrupa las dudas, las reflexiones y las propuestas sobre lo que significa educar y aprender hoy, en el siglo XXI, y en la sociedad global de la información. Propone llegar a un acuerdo sobre cómo entendemos la infancia, en qué consiste el oficio de hacer de padre o madre y el contenido de la profesión de estudiante, así como las primeras propuestas de acuerdo sobre si lo que necesitan es saber las tablas de multiplicar o aprender a ser felices.

La segunda parte está dedicada a las tareas escolares, a todos los deberes que con frecuencia han de realizar los alumnos fuera del aula. Como ya he comentado, trata de desmontar el viejo sentido que tenían los deberes y de construir una forma más útil de ayudar en casa a la hora de hacerlos. Si la escuela es —o conseguimos que sea— diferente, la presencia y el sentido de los deberes también llegarán a ser otros. Sin embargo, mientras llegue ese momento, no queda más remedio que intentar trabajar para que sean razonablemente útiles para el desarrollo de nuestros hijos.

La tercera parte trata de aportar criterios para romper las dicotomías entre escuela y casa, entre estudiar y hacer deberes, entre estudiar y vivir y de explicar dónde toca hacer cada cosa. Pongo un solo ejemplo: justo cuando escribo estas páginas, empieza a tener cierta relevancia lo que se llama «la clase inversa»: el estudiante de secundaria adquiere en casa los conocimientos de manera orientada y hace los deberes, los ejercicios aplicados, en la clase, en grupo y con una supervisión personalizada, justo al revés de lo que mayoritariamente sucede hoy. Esta parte está destinada a hacernos pensar en cómo se hace la escuela fuera de la escuela, cómo se aprende en casa, cómo edu-

ca la escuela y cómo enseña la familia, sin olvidar cómo hemos de situar la escuela, los aprendizajes y la educación del entorno. Dicho de otra forma: cómo tendrían que ser las tareas que nuestros hijos e hijas deberían hacer fuera de la escuela, si la escuela fuera diferente.

Cómo se educa y se aprende hoy, cómo se ayuda mientras la escuela no cambie y cómo trabajamos para que la escuela que necesitan los niños de hoy sea diferente exige hablar de cómo han de ser las relaciones entre las familias y la escuela. No podemos olvidar que si, por ejemplo, compartimos un rato de clase para enseñar lo que sabemos será mucho más fácil resolver juntos en casa un problema que el hijo explica. A eso he destinado la última parte del libro: a los deberes en un sistema coherente de relación entre padres y maestros, entre grupos familiares y escolares.

En las páginas que siguen, el lector o lectora encontrará fundamentalmente argumentos derivados de una larga trayectoria educativa que el autor ha compartido con muchos maestros, profesores, madres y padres y también una síntesis de lecturas e investigaciones, de resultados y datos que justifican una opción u otra para organizar la escuela. No están citadas y puede ser que estén interpretadas a partir de mi experiencia. Lo que sugiero o propongo no dejan de ser opciones educativas que, razonablemente, no todo el mundo compartirá, pero siempre tienen detrás experiencias y argumentos relacionados con las prácticas de las madres y de los padres, en el día a día de las aulas. Tienen detrás la pretensión de descubrir, siempre y en primer lugar, la perspectiva de los niños y las niñas.

Al final del libro del pedagogo Philippe Meireieu *Los deberes en casa*, publicado por primera vez en 1987, que ha resultado un clásico sobre el tema, su mujer comenta: «Me parece que este texto se dirige a un adulto ideal, en todo momento disponible y sereno, que puede resolver siempre las dificultades. (...) Pero sabemos muy bien, el uno y el otro, que ser padres no es nada fácil.» Muchos años después, esta dificultad para acabar siendo padres positivos que ayudan a aprender no ha disminuido. Más bien puede que se haya complicado.

Por descontado, con este libro no tengo la menor intención de hacer sentir mal al padre o a la madre que lo lea y descubra lo que podía hacer y no hace, o que reconozca sus manías sobre lo que han de aprender sus hijos que hoy están fuera de lugar. Sí que pretendo, sin embargo, estimular a los padres y las madres a pensar, junto con los otros educadores y educadoras de sus hijos, cómo educar y cómo enseñar, en casa y en la escuela, de manera diferente.

No lo haremos muy bien, si no tenemos la más mínima idea de lo que nuestro hijo descubre cada día en la escuela. No van a una escuela muy adecuada, si la maestra no sabe descubrir por qué un día nuestra hija sonrío de una manera especial después de muchos días de tristeza. Pero lo hemos hecho perfectamente bien cuando, siempre que podemos, demostrando que nos importan, somos capaces de poner nuestro granito de arena para ayudar a hijos e hijas a entender el mundo en el que viven.

Duda sobre duda, ha salido este libro que tiene que ver con las madres y los padres que ayudan de maneras muy diversas a que sus hijos e hijas aprendan. Un libro que revisa cómo educa hoy la escuela a nuestros hijos, una propuesta de lectura que, inevitablemente, obliga a las dos partes a pensar qué delante significa educar en el mundo actual, qué significa cuando están dentro del aula y cuando salen de ella, un libro que sugiere algunas formas de compartir estos significados y hacer posible que, con las aportaciones familiares y escolares, acaben siendo ciudadanos y ciudadanas felices y cultos.